

riodo, en el momento en que se crean las formas internas, símbolos ó alegoría, acciones, personajes, etc. y que condensan ó realizan subjetivamente el pensamiento del autor. Estas formas, llamadas también conceptivas ó imaginativas, exigen mucho cuidado, pues que deciden de la naturaleza de la obra y su género literario. En el tercer período, que comprende según el género literario, Ora el desarrollo y marcha de la acción, como en los poemas épico, dramático y en la novela, ora la sucesión de imágenes, como en la lírica, ó bien la exposición metódica y sistemática de los principios ó leyes y argumentos de la didáctica ú oratoria; en el tercer período, repetimos, hay que prestar igual cuidado y atención que en el anterior, puesto que del desarrollo y combinación armónica de los elementos y formas interno-externas ó expositivas de la obra, llamadas también narrativa, descriptiva, dialogada, etc., depende en gran parte sus atractivos, belleza y perfección. Por último, en la ejecución de la obra hay que atender á las formas expresivas, á las reglas gramaticales y literarias, á los modos del lenguaje llamados directo, figurado, rítmico, prosaico, etc., período ó momento de la obra que exige la mayor suma de conocimientos teóricos y prácticos del arte literario, y mayor laboriosidad y paciencia.

Hay otro agente que interviene en la producción literaria, y no por menos directa es menos marcada y poderosa esta intervención; este agente es el público que juzga la obra. Su influencia es, en efecto, poderosa é indiscutible en el autor, cuyo carácter y tendencias modifica, imponiéndole gustos, determinadas direcciones y corrientes, mediante la cultura y período de evolución intelectual y artística en que se halla el mismo público.

Así vemos que, unas veces, ensancha los limitados horizontes de una época, abriendo nuevos derroteros en el arte con sus juicios acertados y cultas aficiones; y que, otras, al contrario, estrecha ó cierra las vías del buen gusto, imprimiendo una dirección viciosa al autor, cuyas excelentes disposiciones y energía de espíritu no siempre bastan á contrarestar tan poderosa influencia.

Ella se revela en la obra por medio de la facultad que el hombre culto posee de percibir lo bello y bueno, de distinguirlos atinadamente y discernirlos de lo feo y de lo malo. Esta facultad, producto del estudio y de la naturaleza, es la que en las artes y en las letras se denomina buen gusto ó simplemente gusto; esta facultad, expresión de la cultura general y completa del espíritu, que, comenzando por una emoción, llega más tarde á convertirse en una manifestación reflexiva y racional, es la única verdadera y sólida base sobre que debe levantarse el edificio de la crítica.

El único agente de la crítica es el público; el público más ó menos ilustrado ó culto, y cuya opinión es siempre respetable aunque á veces se extravíe, pues contiene en su seno los únicos jueces dignos en asuntos literarios, y cuyas voces dispersas al principio y como perdidas en el seno de la sociedad, se unen después para constituir la voz autorizada de la historia y del buen gusto, «á la manera» dice Marmontel, «de un inmenso río que corre sin cesar, depositando en el fondo de su cauce las impurezas que arrastran sus corrientes, pero cuyas aguas depuradas y limpias reflejan luego fielmente en sus cristales los monumentos de las artes y las letras.»

Crítica en el sentido más lato de esta palabra, es el juicio emitido acerca de las buenas ó malas cualidades de una obra, fundado en el conocimiento racional de és-

ta. Toma el nombre de crítica artística, cuando versa sobre los objetos de las bellas artes; y el especial de literaria, si de suyo se concreta á discernir y aquilatar la belleza y excelencias ó los defectos de las obras literarias.

Se discute todavía sobre si la crítica es una producción, y sobre si merece ó nó ser considerada como cosa útil é importante. Cuestiones que son del todo ociosas, toda vez que la razón y la experiencia nos muestran claramente la naturaleza y fines de la verdadera crítica, cuyos fundamentos son todos los conocimientos humanos, y cuyos resultados próximos ó lejanos son el avance, perfeccionamiento y acierto en las letras y en las artes.

Es evidente, sin embargo, que la crítica no es una producción análoga á la epopeya, al drama ó la novela, sino á la didáctica; pues su objeto es el análisis de una obra literaria ya existente, en la cual examina cómo y porqué se reveló, la importancia y cualidades del asunto, las formas adecuadas ó impropias en que se concreta ó encarna, y su desempeño en el conjunto y en los detalles esto es: en el fondo y en la forma, en su idea y lenguaje, en sus pensamientos y en su estilo.

Se ha dicho también para combatir la importancia de las reglas literarias, y de la crítica que en tales reglas se funda, que Aristóteles, por ejemplo, enunció el principio de la unidad, indispensable en todo género de composiciones, después que Homero lo practicó en su monumental epopeya: que Quintiliano, Cicerón, Horacio, y demás preceptistas, no hicieron más que estudiar las obras que revelaban en su tiempo la verdad en toda su plenitud y la belleza en todo su esplendor, formulando en seguida las leyes y principios que rigen el arte literario. Lo que si en parte es verdad, nó lo es en absoluto. En efecto; muchos de estos principios han sido descubiertos

directamente, estudiando la naturaleza del espíritu, y otros deducidos de los averiguados primitivamente. Pero áun supuesto el caso de que fuera cierta en absoluto la tesis que venimos combatiendo, nada probaría en contra de la utilidad é importancia de las reglas y de la crítica; porque ese análisis y estudio de las obras producidas sirve para ampliar y esclarecer los juicios, para asentar sobre base sólida la producción literaria y el buen gusto, para volver consciente y lúcido lo inconsciente y confuso: del mismo modo que, desde mucho antes de que Galileo y Newton formularan sus grandiosas leyes, existían la gravedad y la atracción con sus fenómenos variados al infinito, y los hombres aplicaban inconscientemente tales fuerzas: lo que en nada disminuye, ni la gloria del descubrimiento ni su manifiesta utilidad, ya que ha aumentado en proporción incalculable el magnífico campo de sus aplicaciones.

Para que la crítica merezca realmente este nombre exige varias condiciones.

En primer lugar, la crítica exige conocimiento vasto y profundo del corazón humano, de los móviles poderosos que lo impulsan, de las virtudes y vicios sociales; en una palabra: de la naturaleza humana y de la Sociedad. Además: debe fundarse en un conocimiento tan completo como sea posible del asunto sobre que versa la obra, y de la teoría y práctica del arte literario. Sólo con estas condiciones será capaz de dictar fallos concienzudos en nombre de la razón y del buen gusto. Pero nó basta esto todavía para constituir la buena y perfecta crítica, que la ciencia vasta y profunda, nada pueden sin la natural delicadeza y elevación del espíritu; porque sólo en *grande* se critican las grandes obras, y solamente elevándose al nivel de los autores es posible juzgar con acierto sus producciones.

Las cualidades enumeradas son indispensables á toda crítica y le pertenecen íntimamente, pues que sin ciencia y sin buen gusto no puede cumplir su elevada misión; pero hay otras, no menos importantes ni menos difíciles de adquirir, tales como la imparcialidad en los juicios y la libertad para emitirlos. La crítica, efectivamente, ha de ser desapasionada y justa: que no la impulsen los logros de la adulación, ni que la afecten en lo más mínimo el recuerdo del beneficio recibido, la amistad que ciega, la pasión que arrebatada y que quita la libertad al espíritu, la envidia que carcome al que la padece, y que hiere con saña cruel á todo aquel que se levanta sobre el nivel de los demás Conforme á esto podrá comprenderse ¡cuán escasamente merecen el nombre de crítica esos libelos infamatorios en que se dicen, en nombre del buen gusto, pasiones y miserias, ó en que la sátira desempeña el papel principal si no el único: escritos tan llenos y ricos de insultos ó de chistes, como vacíos y pobres de doctrina y buen sentido!.....

La crítica debe ser siempre imparcial y grave, seria y libre, sin consideración de ningún género ni contemplaciones á las preocupaciones y vicios, á todo aquello que es opuesto á la razón y al buen gusto; pero fundada siempre en principios. Ha de enumerar y demostrar los defectos como las bellezas, y aquilatar el fondo y la forma, analizando el carácter del autor y el medio y circunstancias en que la obra se produjo.

SECCION SEGUNDA.

GENEROS LITERARIOS.

El arte literario ha sido ya examinado en general, toca ahora estudiar sus varias partes. El principio fundamental de su división es, como se ha dicho, el de los distintos fines á que este arte obedece: realizar la belleza, expresar la verdad, ó unir en síntesis armónica el fondo verdadero con la forma bella: lo primero constituye el género poético ó poesía; lo segundo, el género didáctico ó simplemente didáctica, y lo tercero la oratoria.

Conforme al principio enunciado dividiremos esta Sección en tres capítulos de dimensión muy diferente, en relación con las dificultades é importancia que ofrece el estudio de cada uno de los géneros mencionados.

CAPITULO I

GENERO POETICO.—POESIA.

ARTIGULO I

Caracteres y Formas de la Poesía.

Poesía es el arte cuyo fin es realizar la belleza por medio de la palabra. Sus caracteres psíquicos son el predominio del sentimiento y el de la imaginación: fuentes respectivamente de lo bello y de lo ideal, causa y origen de todas las creaciones del espíritu. De aquí, también, la libertad que caracteriza á la poesía, libertad hija de la inspiración que en ella resplandece, y que permite al poeta idealizar sus impresiones y combinarlas de mil modos, sin más restricciones que las impuestas por

